



Misericordia y Proximidad

Moderador General

En este año en el que buscamos, como Adsis, una renovación profunda de nuestro ser presencia con y entre los jóvenes y los pobres, acogemos la iniciativa del Papa Francisco que nos anima a impregnar este tiempo de la misericordia de Dios, a despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y así entrar todavía más en el corazón del Evangelio.

1.- Ante tanta miseria y lejanía

Vivimos en un mundo que desafía la dignidad y el sentido de la existencia humana, con un sistema de relaciones y convivencia absolutamente injusto y desigual, que provoca un sufrimiento enorme en muchísimas personas. La "humanidad" asiste a un crecimiento exponencial de la desigualdad y de la pobreza, donde la élite económica cada vez se escinde más del resto. Hoy 62 personas poseen la misma riqueza que los 3.600 millones más pobres del mundo.

La mayor parte del planeta, miles de millones, son personas excluidas. Están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero sus vidas son sólo un número anónimo, sus problemas se plantean como un apéndice. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar. Ello se debe en gran parte a la distancia abismal entre dos mundos, a la lejanía de los problemas reales. Unos reflexionan desde la comodidad de un desarrollo y de una calidad de vida que no están al alcance de la mayoría de la población mundial. Esta falta de contacto físico y de encuentro, ayuda a cauterizar la conciencia y a ignorar parte de la realidad.

Por otra parte asistimos a una crisis de valores, pilares para las relaciones humanas, como son la auten-

ticidad, la transparencia, el diálogo sincero, la búsqueda de la verdad. Parece que hoy todo puede ser utilizable y descartable, con tal de lograr determinados intereses relacionados con la ventaja económica, la posición social o el poder. La manipulación de la información, la corrupción y otras estrategias ventajistas están a la orden del día. Lo cual genera una gran desconfianza en las relaciones y una falta de credibilidad a la hora de impulsar proyectos de cambio. El valor de cada persona está en desuso, no cuenta, es prescindible.

Esta humanidad arrastra heridas profundas, y no sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas. La fragilidad de los tiempos en que vivimos es también ésta: creer que no existe posibilidad alguna de rescate, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, que te perdona, te inunda de un amor infinito, paciente, indulgente; te vuelve a poner en el camino.

... la amenaza de la indiferencia

Ante esta realidad tan desafiante, apenas insinuada, una de las reacciones más perniciosas es la indiferencia, y, junto a ella, la insensibilidad. Son actitudes ancestrales, que aparecen en la conocida parábola del samaritano (Lc 10, 25-37). Ante el hombre malherido y caído en el camino, dos personas importantes, al verlo, dan un rodeo y pasan de largo.

Son actitudes que se manifiestan hoy de muchas maneras. Estamos al tanto de los dramas que afligen a muchas personas y países, pero nos quedan lejos y no nos afectan. Es la actitud de quien sabe, pero tiene la mirada, la mente y la acción dirigida hacia sí mismo.

Algunas personas viven centradas en su comodidad, insensibles al grito de dolor de muchos. Casi sin darnos cuenta, nos hacemos incapaces de sentir compasión por los otros, por sus dramas; como si aquello no tuviera que ver con nosotros.

La indiferencia y la insensibilidad provocan sobre todo cerrazón y distanciamiento, y como consecuencia generan un mundo más violento, inhumano e infeliz. Estas actitudes superan hoy el ámbito individual para adquirir una dimensión global, lo que algunos han llamado la «globalización de la ausencia-indiferencia».

Ante esta amenaza hagamos nuestras las palabras de Francisco que invitan a no caer *en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad* (Misericordiae Vultus).

2.- La misericordia como alternativa

Adsis, ¡estés presente!, es una llamada urgente a vivir en permanente movimiento de salida y de encuentro con los demás, para responder a tanta injusticia y miseria que destruye la vida de personas y pueblos; y para responder también a la insensibilidad que adormece la conciencia y a la indiferencia que nos hace cómplices del mal.

En el corazón de esta llamada está el amor misericordioso de Dios, que invita ir más allá de uno mismo y adentrarse en las nuevas coordenadas del dolor y la ternura, como en todo parto y fecundidad. Veamos de manera sintética qué trae consigo esta *nueva forma de vivir*, en un mundo tan necesitado de caminos nuevos.

Es posible amar de otra manera

Uno de los males que más nos aqueja es la autosuficiencia y el orgullo, creer que no necesitamos de los demás y que lo podemos todo. Debajo de la máscara de la autosuficiencia hay una enorme necesidad de ternura misericordiosa. Ninguna persona es tan fuerte que no necesite una y otra vez ser consolada, com-

prendida y querida. Y no solo por Dios, sino también por quienes comparten nuestra vida y por quienes la debilidad les hace más sensibles y acogedoras.

¿Acaso no tenemos experiencia de haber renacido como personas cuando hemos experimentado el regalo del perdón o del cariño desmedido? La comprensión y el amor entrañable de Dios Padre y de aquellos que nos quieren, es la fuente inagotable de nuestra alegría y de nuestra esperanza, la experiencia que nos devuelve la paz.

La misericordia salva y enaltece el amor, lo purifica del egoísmo posesivo, lo hace crecer con novedad. Además recupera la estabilidad y estimula la fidelidad. El que experimenta este magnífico don, aprende a acompañar a otros asumiendo su debilidad. ¿Por qué será que los pequeños son los más aptos para consolar y que las palabras del humilde engendran paz?

Una de las vivencias que más nos duele es sentir que no podemos o no sabemos amar. El evangelio nos muestra a esa mujer pecadora que vivía en su interior la necesidad de ser perdonada por alguien que la amara incondicionalmente (Lc 7, 36-50). Esta mujer representa el deseo más profundo del corazón humano: es posible amar de manera nueva y dejarse amar a pesar de los errores y las heridas causadas.

La misericordia es la lógica del amor nuevo, un amor que nace de las “entrañas”, de haber experimentado la reconversión más profunda del corazón.

“La misericordia se ríe del juicio” (St 2, 13)

La misericordia nos ofrece una nueva medida, un nuevo valor para toda relación, un parámetro distinto.....: una forma de ser abierta en la que no tienen cabida los juicios, y que consiste en convertir la hostilidad en hospitalidad, al enemigo en amigo, la distancia en cercanía. Es una actitud acogedora, donde el extraño puede sentirse libre, hablar su propio lenguaje, y seguir su propio camino.

La misericordia nos descubre horizontes inéditos, abre numerosas puertas en las relaciones interpersonales, y presenta rutas asombrosas para la convivencia. Supone sobre todo una capacidad nueva para comunicarnos con los demás, para desentrañar los dones que hay en cada persona, y para caminar juntos compartiendo con humor las debilidades.

Somos llamados a descubrir el poder de la misericordia para sanar las relaciones dañadas y volver a recuperar paz y armonía. Todos sabemos en qué modo las viejas heridas y los resentimientos que arrastramos pueden atrapar a las personas e impedirles comunicarse y reconciliarse. Esto vale también para las relaciones entre los pueblos. En todos estos casos la misericordia es capaz de activar *un nuevo modo de dialogar*.

Ante la tendencia a juzgar a las personas, a descalificar, a hablar mal de los otros, hemos de promover una mirada misericordiosa sobre los demás, capaz de desentrañar lo bueno y nuevo que hay en el prójimo.

Pido también con el Papa Francisco que este año «nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación» (M.V. 23).

Cambia nuestra mirada y nos compromete

Dios no tiene límites en su misericordia, está siempre dispuesto a perdonar y nunca se cansa de ofrecer el perdón de manera siempre nueva e inesperada, creativa. De manera que quien se encuentra con él y tiene la experiencia de su amor misericordioso no puede sino irradiar este amor a su alrededor; experimenta un amor que le libera de la culpa y de la dureza de corazón. De ahí nacen la espontaneidad, la libertad y una alegría profunda, señales de una vida auténtica; de ahí nace también una solidaridad e implicación nueva con la realidad, una nueva actitud moral y social.

Una solidaridad e implicación que lleva a hacer propias las necesidades los otros, más allá de los círculos cercanos, conscientes de las heridas de nuestro tiempo y de la innegable interdependencia que aumenta cada vez más, especialmente en un mundo globalizado, entre nuestras vidas y las de todos los hombres y mujeres del mundo.

Una solidaridad que es mucho más que un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas, que lleva a sentirnos responsables de los otros, y a la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien de todos los hombres y mujeres, de todos los pueblos y países, especialmente de los más empobrecidos y castigados.

3.- La revolución de la proximidad

¿Cómo aprender a tener entrañas de misericordia? ¿Cuál es el modo?

En la conocida historia del samaritano, éste nos muestra otra manera de reaccionar: la capacidad de mirar, acoger y tocar con ternura, de sanar todas las dolencias. El actúa con compasión, un sentimiento que nace de dentro, que refleja una forma de ser y de actuar, una forma de amar y de servir; es la capacidad de entrañar, de hacer propios los dolores ajenos, de acercarse y de abajarse, de poner los medios necesarios y de complicarse la vida. Se trata de una actitud vital para quien lo más importante es la persona herida y lo único urgente es amarla de manera misericordiosa.

Es esta proximidad a la persona concreta lo que hace sensible y solidario al samaritano. Esa es la verdadera Presencia, lo contrario es estar ausente, dar un rodeo o pasar de largo. Ante la situación de dolor y sufrimiento del hermano concreto, de tantos jóvenes que buscan sentido, de tantos empobrecidos en los caminos de la historia, la primera respuesta es la proximidad. Sólo desde la cercanía podemos conmovernos y compartir nuestras posibilidades en función de la necesidad concreta. La proximidad es criterio, ámbito y ejercicio de toda presencia.

... “¡Hagan lo mismo!”

El samaritano es el mismo Jesús, que nos llama a participar de su compasión, a ir más allá de los intereses inmediatos; a transformarnos en personas con gran sensibilidad hacia los otros, llenas de proximidad y de ternura.

Para aprender a vivir así, Jesús nos invita a observar cuidadosamente las acciones del samaritano. Todo lo que él hace está movido por la “misericordia”: se “aproxima”, “cura sus heridas”, le cede su lugar “montándolo en su cabalgadura”, lo “lleva a una posada” y “cuida de él” personalmente. Finalmente da de su propio bolsillo para que el tratamiento del herido vaya hasta el final. Su servicio es desmesurado y gratuito: “Lo que gastes de más”, sea lo que sea..., sin medida.

De esta manera Jesús nos anima a hacer nosotros lo mismo, desde la cercanía física y misericordiosa, desmesurada y gratuita con todos los que sufren más las

injusticias de este mundo. Luchando para que ningún interés personal o de grupo provoque en nosotros insensibilidad; y para que ningún quehacer o justificación nos haga vivir ajenos al sufrimiento de millones de hermanos y de pueblos, cercanos o lejanos.

... con gestos

La Evangelium Gaudi nos dice: *Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo* (n. 270).

La vida está hecha de gestos y acciones que cambian el rumbo de los acontecimientos: acercarse, dar la mano, tocar, sentir con el otro. Una llamada, un mensaje, un saludo, ¡hacerse presente! y dejar que suceda...

... relaciones

Es fundamental no rehuir el encuentro con los demás, al contrario hemos de buscarlo y propiciar la apertura y la comunicación. Para ello se necesita escuchar, acoger, estar cerca en el momento adecuado. Escuchar siendo capaces de compartir preguntas y dudas, de recorrer el camino al lado del otro; prestando atención, teniendo el deseo de comprender, de valorar, respetar, custodiar la palabra del otro.

Una voluntaria y un joven que participan en Fundación Adsis nos hablan de esta relación de proximidad: *“Se trata de estar presentes en la calle, volverse alguien familiar para los jóvenes... y llega un día en*

que se establece una conversación de confianza...”
“Con Adsis he tenido y tengo muy buena relación. Ellos no solo me tratan como un alumno sino como un chico de la familia. En los últimos años, todos los momentos importantes de mi vida los he compartido con los educadores”. (Revista Fundación Adsis)

... y proyectos

El carisma de presencia Adsis se renueva en la cercanía, compartiendo vida e historia con tantos que sufren. Esa experiencia nos hace “bienaventurados”, y a la vez que nos libera de vivir encerrados en nosotros mismos, nos descubre nuevos caminos de liberación.

Cuando hablamos de proyectos enseguida lo asemejamos a metódicos análisis, objetivos y planificaciones. Sin embargo, necesitamos también impulsar iniciativas y proyectos más sencillos, que podríamos llamar de proximidad, al estilo del samaritano; que responden a necesidades concretas y nos abren a nuevos compromisos; donde lo importante es la relación, no la estructura....

Porque lo más valioso e importante sucede en aquellas personas que, teniendo todo en contra, aprenden a superarse y a creer más allá de lo evidente, aprenden a valorarse a sí mismas y a confiar en los demás. Estando a su lado nos enseñan a abrirnos a lo imposible y a dejarnos guiar cuando experimentamos el límite o el fracaso; nos ayudan a cambiar de mentalidad y a ser acogedores de lo débil y a tomar partido por el mundo de los de abajo.

Prefiramos los caminos samaritanos a las estancias seguras y a los criterios inamovibles. Tengamos gestos, actitudes e iniciativas en favor de los que más sufren; porque junto a ellos descubriremos otros horizontes para nuestro mundo. Y preguntémosnos juntos **qué caminos de misericordia y proximidad podemos impulsar**



Un entrañable abrazo

Fermín Marrodán
Moderador General